

DARÍO MANUEL LUNA

Khari - Khari

© Darío Manuel Luna, 2006
© Editorial Yerba Mala Cartonera de Bolivia, 2006
Proyecto social cultural y comunitario sin fines de lucro.
yerbamalacartonera@gmail.com
<http://yerbamalacartonera.blogspot.com>
Tel. 72262533, 79533978, 71208058.

Proyectos análogos: Eloísa Cartonera (Argentina), Sarita Cartonera (Perú), Ediciones la Cartonera (México), Animita Cartonera (Chile), Dulcinéia Catadora (Brasil)

Impreso en: Imprenta "Magda P" Av. Oquendo 371 dpto. 2A. Cochabamba
Derechos exclusivos en Bolivia
Impreso en Bolivia

*Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo desinteresado de
Magda Rossi.*

A la memoria de Macario Salinas Medinaceli

MAYA

Ahora sé que siempre estaré con ustedes, hasta el fin de la extinción de la especie humana, viviré mientras vivan y nada ni nadie cambiará el curso de esta historia.

Sobreviví a todos los cataclismos oscuros e inesperados, vagué como alma en pena por todo el universo durante muchos y muchos siglos. Agonizante y con poca fuerza llegué a este mundo en el que pude encontrar el aliciente: sus almas.

En abril del año 1871 un antropólogo quiso averiguar sobre mi existencia y, sólo encontró mitos, mitos creados y transformados a fuerza de la evolución del hombre. Nadie me ha visto nunca. Mi historia irá creciendo como la creencia de Dios, mi Padre. Mientras vivan, viviré. Soy el hijo del hijo de Dios: Khari – Khari.

Si mal no recuerdo, fue más o menos así el extracto de aquel manuscrito desgastado y borroso que encontré en aquella remota grieta de *La Horca del Inca*. “Debe ser de algún escritor incipiente”, me dije en aquel entonces, *ingenuo a la primera impresión*. Iba creer en aquella idea pese a mi sorprendente imaginación; pero su escritura que estaba en un lenguaje españolizado, de a poco, me hizo dudar. Cuando quise alejarlo de mí, botarlo, incomprensiblemente no pude, había algo que me impedía abandonar ese pedazo de papel, que después noté su parecido a un viejo pergamino.

Después de media hora en mi poder, la hoja me parecía sin importancia. Cuando me encontré a orillas del lago Titicaca, hasta había pensado en arrojarla, deshacerme de ella; pero por segunda vez, preferí quedármela sin saber por qué. El calor abundante hizo que me fuera al hostel Las balsas, donde estaba alojado. De ingreso a mi habitación coloqué el pequeño pergamino sobre el velador e ipsofacto me recosté en la cama. En el cielo raso, mis ojos identificaron una mancha que parsimoniosamente fue transformándose en un pergamino viejo, similar al que había encontrado. No le di ninguna importancia a aquello que me parecía una simple coincidencia, me puse de un lado y reparé un sueño de tres horas. Una punzada como de aguja a un costado de mi vientre me hizo levantar arrebatado y aterrorizado. En un segundo estaba bañado de sudor y a dos o tres pasos de la cama. Mis ojos aún desorbitados, miraban cada espacio de mi cuarto en la oscuridad, atento al menor movimiento o ruido inexorable del terror. Cuando volví en sí, me di cuenta de que sólo era una tonta pesadilla falaz. Encendí la luz, miré a mi alrededor, mis cosas, todo estaba en orden, excepto el papel pergamino.

—Veo que tienes vocación, Macario, serás un buen escritor.

Palmeteándome en la espalda —ahora que recuerdo—, Lucio me expresó esas palabras en aquel Centro Cultural de adornos exóticos ancestrales donde solíamos reunirnos: Crispín, Lucio y el que les narra esta increíble historia que también puede pasarles. Creo que cada mes nos reuníamos y la hacíamos de bohemios durante unas horas, ignorando el destino que, sin duda, ahora existe al menos para mí.

Asustado por la desaparición del pergamino que lo habría dejado unas horas antes en el velador, perplejo lo busqué con mi mirada creyendo haberlo dejado en otro lado. Sin embargo, vi otra vez el velador y abrí sus cajas que estaban vacías. Luego revisé el piso donde se encontraba la cama, como no había nada, estaba a punto de resignarme; pero fijé mi mirada otra vez en el velador, convencido de que ahí lo había dejado. Entonces sin pensarlo más, empujé a un lado el velador, y mi sorpresa fue ver caída perpendicularmente una hoja. Por un momento pensé que no era la hoja que buscaba, ya que la mía estaba enrollada y desgastada; pero no cabía la menor duda de que se trataba de la misma hoja. Al levantarla vi que estaba perfectamente nueva, tiesa y lisa la superficie

donde se hallaba escrita, ahora en castellano, aquella sentencia y afirmación de la existencia de aquel ser que ya me causaba pánico.

—Tengo algo que contarles.

Eso creo que les dije a mis amigos en aquella reunión, mientras tomábamos el último sorbo de trago amargo que nos quedaba en las copas. La expresión de mi rostro debió cambiar radicalmente como cuando uno se entera de una mala noticia. Quise decirles el secreto, sin rodeos, sin máscaras, ni aprietos, con esa confianza que nos teníamos los tres y donde las verdades eran dichas por más dolorosas que fueran. “Para mis verdaderos amigos no existen los secretos”, pensé, sin darme cuenta que mi tardanza había creado un cierto suspenso que rápidamente a ellos les hizo comprender la gravedad de mi asunto, y como dije, mi rostro lo delataba.

Como aún estaba en mis manos, la solté inmediatamente asustado e inmóvil por un segundo, “esto no está pasando —dije—, estamos en pleno siglo veintiuno y esto sería una locura, sólo estoy i-ma-gi-nan-do ¡carajo! No, no estoy imaginando, esto sí está sucediendo. Es tan real como que estoy despierto y vivo”. Sin darme cuenta había elevado mi voz, lo que me estaba pasando era peor de lo que cualquier ser humano podía pensar. Al concluir aquellas palabras que pronuncié, ya no quise acercarme al pergamino (si se podía llamar pergamino), tenía miedo del cuarto, de cada espacio que respiraba. De pequeño tenía miedo a la oscuridad, mis abuelos me hicieron creer en el *cucu*, ese miedo infantil recuerdo que iba desapareciendo cada vez que me hacía más grande y más hombre. Esa noche, ese miedo volvía con más tenacidad; tal vez jamás lo superé, quizá haya cosas que nunca la superamos como el miedo a la oscuridad. No me acuerdo lo que quise hacer después, sólo sé que agarré mi chamarra con ese valor que siempre nos queda, abrí la puerta, y salí sin rumbo y sin dejar de mirar atrás. “Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre.” Comencé a rezar como un desquiciado, consciente de que buscaba la protección de alguien más. Dios siempre ha sido un misterio para mí y lo que me estaba ocurriendo también era un misterio; pero próximo o real. “Soy el hijo del hijo de Dios”. Me detuve casi al llegar a una esquina, había unas cuantas personas que pasaban apresuradamente sin mirar a su alrededor. Sus siluetas fueron desapareciendo en la vaga oscuridad de la distancia. Dije que me detuve, porque había recordado aquella idea del pergamino: “Soy el hijo del hijo de Dios”. Pensé en Jesús, en sus actos caritativos y de salvación espiritual. Luego en su padre que momentos atrás le recé instintivamente. Ahora pienso en este ser extraño que dice ser hijo de Jesús. Esta genealogía ambigua de parentesco me confundía más: “¿Quién es Dios? ¿Quién Jesús? ¿Habré estado rezando al Dios correcto? ¿Existe Dios?” Lo inconcebible e inaudito me estaba sucediendo a mí.

Un ligero viento del lago hizo que retornara de aquellos pensamientos reflexivos. Hacía frío y caían las primeras gotas de lluvia de la noche. Apresuradamente corrí buscando un lugar donde ahogar mis temores humanos e inhumanos, un lugar donde el sueño del hombre sea inconciliable, ya sea por amor, por odio o... por este miedo pavoroso que siento.

Me senté en una mesa alejada y pedí un ron barato. Recuerdo que fue la primera vez que tomé solo. En aquel recinto estaban como unos veinte taciturnos de dos, de tres, hasta de cinco integrantes apostados en las uniformadas mesas de cantina. Los vi embriagarse y nada de lo que hacían me parecía sensato. Cada osco movimiento, risa y habladuría fofa, acompasados por sorbos de cerveza, me causaban náuseas. Y yo que estaba como un cojudo entre ellos, teniendo miedo a extraños misterios, vacié mi copa y decidido me levanté a afrontar la realidad que me abrumaba. Dejé atrás a los pusilánimes hombres y tomé la calle que salía directa al Hostal donde estaba alojado. “Las cosas que suceden son por algo, nada es casual en esta vida, ese pergamino debe tener un motivo de existencia o aparición... ya llegué”. Estaba frente a la entrada del alojamiento, miré la ventana de mi habitación que quedaba en el tercer piso. La luz continuaba encendida. “Pensar que

me está sucediendo a mí y que solamente lo sé yo y nadie más”. Suspiré al comprender lo incomprensible, “vamos —me dije impulsándome—, además sólo es un pedazo de papel, qué puede pasarme”.

Pese a ese valor admirable que había tomado, abrí sigilosamente la puerta de mi habitación hasta dar con la mutada e incólume hoja. Ya adentro, me detuve un momento y escuché el ruido del silencio (). Luego, miré otra vez el pergamino, mi cama, las paredes. Di un paso y el piso crepitó. Sentí un sudor frío, “carambas, sólo es el piso”, musité.

Inclinándome con sumo cuidado, cogí la hoja, y la volví a leer ansiosamente buscando algunos códigos o frases simbólicas ocultas, al final me quedé con: “sus almas”. En ese momento tenía un vago conocimiento del Khari – Khari, como la mayoría de las personas de estos rumbos occidentales de mi patria, pese a ello afirmé que este “ser extraño” extrae la grasa de las personas; pero jamás sus almas. Estaba seguro de eso como cualquiera lo estaría. El pergamino me parecía un sofisma, un truco, algo creado anacrónicamente por alguien. O quizá yo estaba equivocado y simplemente no sabía nada. Y si fuese así, todos estaríamos errados sobre la supuesta creencia del Khari – Khari, y en realidad, quién sabe, desconocemos la verdadera historia. El tiempo pudo haberla tergiversado o, en caso extremo, jamás persona en el mundo supo la verdadera verdad del Khari – Khari, y acaso lo único que conocemos sólo sean inventos y mitos —como todos aceptan que es— y no verdades. Creo que en cierta forma hemos hecho caso, ciegamente, a los mitos que se han transformado en creencias. A este paso —como reflexionaba— nuestra realidad puede ser el invento de unos cuantos y quizá estemos viviendo falsedades creíbles.

Sentado en el piso y apoyado de espaldas en la cama, pensaba en esta congruencia de ideas que sólo en lo irracional podía haber. A mis trece años la vida me parecía muy sencilla, estaba ajeno a la realidad, cuando ingresé a la universidad y egresé, estaba viviendo la realidad que todos vivíamos; ahora, no sé qué nombre darle a todo esto que estoy viviendo, quizá sea *ilusión, locura o muerte...*No lo sé. Al día siguiente desperté tiritando de frío, jalé una manta de cama y me cubrí el cuerpo entero mientras los primeros rayos de sol me daban justo en la cara. El día era más claro que nunca. Con mis pies helados busqué el pergamino o digo ex - papel pergamino. Para ayudar —ya que no lo encontraba fácilmente—, bajé la mano derecha, luego la izquierda alrededor de mis piernas, las yemas de mis dedos sólo sentían la fina y tibia madera de machihombre. Pero velozmente me incorporé cubierto con la frazada y miré el lugar donde sin darme cuenta había caído dormido durante la noche. Por un instante me pareció que la escena de la búsqueda del pergamino se repetía, porque simplemente a primera vista no la encontraba. Miré el velador y sin pensarlo más —por aquella sensación que se me vino— me acerqué dejando caer la manta de cama y moví el velador con rabia. El pergamino estaba tirado ahí, así como lo había dejado sobre el velador, enrollado viejo y roído. Cualquiera pensaría que esto es un hecho creado por mí, ni siquiera es un sueño que aparenta ser con un sentido racional. Alcé el pergamino, lo desenrollé cuidadosamente y vi su escritura de forma global, no lo leí, sólo me acerqué a la ventana y miré el horizonte del lago, pronunciando esto que nítidamente lo recuerdo: “No me pasó nada, aún estoy vivo”. En ese instante se me vino una sensación de propiedad, el pergamino me pertenecía, al fin y al cabo era un objeto que yo lo había encontrado. Nadie podía reclamar por él. Pensando en que alguien más supiese de la existencia del pergamino en cuestión, decidí hacer una pesquisa. Lo guardé con sumo cuidado —aunque no muy seguro de lo que había pensado hacer— en el maletín de cuero que siempre llevo conmigo. Entreverado entre mis ropas y algunas cosas, se encontraría para cuando llegara a La Paz.

PAYA

En La Paz, llegué al pequeño apartamento que había agarrado en anticrético hace unos siete años por la avenida Buenos Aires. Al ingresar a mi apartamento, recordé que antes de ir a Copacabana había pensado hacer una investigación sobre los Tacanas. Dije que pensé, porque ahora estoy empeñado en esta hoja que, en el recorrido al venir de Copacabana, me había creado imaginariamente múltiples posibilidades de investigación. Deseché los libros, las bibliotecas y también el internet, pues estaba seguro que ellos no me darían nada. Aprobé la consulta a los callahuayas, curacas y achachilas, que más adelante de nada me sirvieron. Quise llevarla a un laboratorio para que me dijeran las propiedades químicas de la hoja, no lo hice por temor a que se enteraran y me calificaran de loco, entonces también descarté esa posibilidad. Me vino a la mente la idea de tener una entrevista con alguien que haya sido víctima del Khari – Khari. “¿Pero dónde iba a encontrar a esa persona dispuesta a responder mis interrogantes?” No era una buena idea, “en la búsqueda hasta podrían llamarme Kharisiri (el que corta)”, me dije sonrientemente y lo deseché. “¿Contarles a mis amigos?”.

Para cerciorarme, esa noche saqué del maletín el pergamino que se encontraba entreverado entre mis ropas y algunas cosas, lo miré varias veces de todos los ángulos, lo froté con mis dedos índice y pulgar, raspé su textura suave de papel ordinario —que así parecía, aunque era un papel diferente. Volví a leerlo y a releerlo, ya nada me parecía extraño “¿será que cambiarás esta noche?”, le pregunté como si fuera una persona, “¿será que pasará?”. Pese a lo que había vivido con el pergamino, mi escepticismo hacia los poderes sobrenaturales fue retornando, mi ser se aliviaba de aquella pesadumbre misteriosa, volvía a ser nuevamente yo: “Macario Salinas Medinaceli, oriundo de las tierras de Potosí”.

“Pero, carajo, qué estoy diciendo, parezco uno de esos trastornados al hablar así, o estoy loco y todas las cosas que he estado viendo son sólo producto de mi imaginación. Qué incertidumbre la mía. Sería mejor descansar, a veces el descanso es reparador para el cerebro. Pero cómo hacerlo si todo esto me agobia”. Caminé casi hipnotizado pensando en el pergamino, sin darme cuenta lo deposité sobre mi escritorio. Apoyado en el borde con mis dos manos y con la vista fija hacia hoja, saldría de mi inconciencia. “Debo esperar, esta noche también cambiarás”, dije sin comprender bien lo que decía. No sé qué premonición tuve que decidí quedarme despierto hasta ver la increíble mutación del pergamino, así es que acerqué el diván frente a mi escritorio, agarré una manta de viaje para cubrirme los pies, un libro sobre *Mitos y leyendas bolivianos* de nuestro excelso y extinto Antonio Paredes Candía; luego me quedé sentado, leyendo, con una intermitente mirada hacia el pergamino.

El espacio en el que se encontraba mi escritorio, por un segundo, me pareció la habitación del hostel Las balsas. Asustado sacudí mi cabeza para comprender la realidad con los cinco sentidos, estaba sentado como indiqué, pero jamás había agarrado el libro para leerlo, es más, cuando lo busqué, no hallé ni un libro a mi alrededor, supuse que fue un sueño en el que habría caído sin darme cuenta, "esta clase de sueños a veces suele pasar en la vida", dije, cayendo otra vez en la creencia de mis suposiciones. Me levanté y agarré "el libro soñado" que estaba en mi estante de libros (debo aclarar aquí que jamás soñé, pues tengo la sensación de haber vivido dos vidas paralelas en un mismo tiempo). Volví a sentarme y estiré los pies para después cubrírmelos nuevamente con la manta de viaje, "ahora sí estoy despierto, o ¿no? Cómo creer en la realidad si parece un sueño, cómo creer en el sueño si parece realidad, tal vez estoy durmiendo y no sea esta la realidad que estoy viviendo; pero en una de estas dos opciones debo creer. Entonces estoy despierto

y se acabó, esto es real y punto". Abrí el libro y comencé a leer mirando a cada instante el pergamino que aún se encontraba donde lo dejé, sin rastros ni indicios de mutación.

(Ya eran las once y media de la noche. No. Me equivoco: las doce y media. No, una y media... mejor dicho, tres y media. Esto es raro, parece... ¡El pergamino, por Dios! Está cambiando, sí, es como una luz que brilla fuerte, es impresionante, no es un sueño. Es real.)

Desperté atónito con mis ojos grandes y fijos hacia el pergamino. Comprendí que todo era un sueño, un sueño hecho realidad, el pergamino había mutado, no sé a qué hora, ni cómo, sólo mutó esa noche como otras noches que también mutará y que jamás podré verlo, ni explicarlo por razones que nunca podré comprender. "Sé que me lo he perdido por la somnolencia o lo que rayos sea, eso me importa poco, aquí interesa esto que descubrí hoy, que no estoy loco. Es algo que en verdad me está sucediendo, que existe y no es una fantasía. Cómo cambia es lo de menos, lo importante es que se metamorfosea". Agarré el único whisky que tenía guardado en el armario junto a mis vinos y rones baratos. Lo abrí y sin necesidad de copas tomé de la botella hasta embriagarme y caer tendido en la cama, inconsciente.

Desperté casi al medio día aún con algunos ligeros mareos en la cabeza que el whisky siempre suele traer y salí sin dar importancia a la hoja que había vuelto a su estado normal. Llamé a mis padres contándoles que haría un viaje de investigación, que necesitaría un giro lo antes posible. Luego de entenderme prometieron enviármelo durante la semana. Al despedirme me encontré con Jacinto Arequipa, ex-catedrático de alguna universidad privada, lo conocí en el II Congreso de Estudios Bolivianos. Su hibridismo en el lenguaje le hacía descubrir rápidamente lo cuán ligado estaba a nuestra cultura aymará. Con su sombrero negro parecido a los *morenos* hacía honor a su profesión. Los estudiantes de sociología y antropología —de algunos que me acuerdo— portaban casi siempre una prenda autóctona por convicción o por extravagancia. Arequipa sólo se diferenciaba por el sombrero, porque de chompa y pantalón vestía como cualquier individuo. Después de unas charlas banales le dije que haría una investigación sobre los Tacanas, me felicitó por la decisión tomada y como no era parco en sus conocimientos, recibí miles de consejos que jamás los puse en práctica. Nos despedimos con un abrazo como si nunca más nos volveríamos a ver.

—Voy a contarles... —les dije a Lucio y Crispín, mientras fumaban al toque el último cigarrillo Derby que nos quedaba. Carraspeé mi garganta y comencé:

—Estaba en Copacabana haciendo turismo, ustedes saben, queriendo festejar mi egreso de la carrera de antropología. Me quedé tres días. En el segundo día subí al cerro *Kesani*, me quedé un instante contemplando *La Horca del Inca*, luego continué subiendo. Estaba solo. Al pasar el palco de los Incas por ahí, o mejor dicho más atrás, encontré una grieta pequeña como muchas que existen en el lugar. En esa grieta —los miré y estaban atentos a lo que decía— encontré algo parecido a un pergamino.

Esa misma tarde regresé a mi apartamento, tiré mi chaqueta en el sofá y caí de espaldas en la cama botando el cansancio al exhalar. Cerré los ojos y suavemente me hundí en un abismo oscuro hasta quedar completamente dormido. En la noche, a eso de las ocho y once minutos para ser más exactos —pues miré el reloj colgado en la pared—, desperté, tenía mucha hambre, no había probado ni un solo bocado durante el día. Salí abrigado al restaurante en el que me había pensionado desde que llegué a La Paz. Mientras cenaba miraba discretamente a cada instante la ventana que daba justo a la calle y de repente intuí que alguien me vigilaba, sabía que no se trataba de un ser humano, pues su estremecedora e imperativa energía tácitamente lograba hacerme entender el sentido de ubicuidad misterioso y poderoso de aquel ser extraño, que inexorablemente en silencio me acechaba. En la calle encendí un cigarrillo para matar los nervios. Después, casi

ligeramente, miré a la izquierda y luego a la derecha. Boté el humo. Había poca gente en la calle. Caminé, y de pronto sentí que todo se movía en su lugar —como un mareo. Paré, y las cosas seguían moviéndose o en todo caso se podía decir que respiraban agitadamente como si tuvieran vida. Continué caminando y remisamente el movimiento se fue convirtiendo en una respiración sigilosa. Sólo si mirabas detenidamente podías darte cuenta que se movían. Como no cesaba la virtual respiración de las cosas que me rodeaban, ya que tampoco eran mareos míos, fui acostumbrándome a esa rareza de la naturaleza creada por mi mente o por la realidad absoluta de la vida orgánica e inorgánica de nuestro entorno desconocido. Pensando en el enigma que estaba viviendo, después de unos minutos de esta corta realidad, todo volvió a su estado normal, hasta la sombra que me seguía desapareció.

Llamé al camarero y le dije que preparara la cuenta de todo el mes. En la espera encendí un cigarrillo y de repente me vino a la mente de que esta escena ya la había vivido, quise hacer un esfuerzo para recordar; pero no le di mucha importancia aludiendo que hay cosas que repetimos en nuestra cotidiana vida, “eso debe ser”, dije. Cancelé mi deuda y salí a la calle mirando a izquierda y derecha. Caminé rumbo a mi apartamento, contento por satisfacer mi apetito. Me detuve en una esquina e intuí que alguien me miraba, boté el humo del cigarrillo y, conforme se dispersaba en el aire, vi a un hombre sentado en andrajos mirándome. Pasé a la otra cuadra esquivando su mirada, seguí derecho dos cuadras, di la vuelta y el hombre me seguía mirando; avancé una cuadra más —a esa distancia sólo vería su silueta negra desfigurada—, volteé la mirada otra vez y el hombre no estaba por ninguna parte. Encendí otro cigarrillo mirando con el rabillo del ojo por si aparecía aquel hombre, boté el humo un par de veces, me di la vuelta y continué mi camino.

Los días venideros fueron algo semejantes, el pergamino mutaba por las noches y por las mañanas volvía a su estado normal. La realidad que vivía continuaba ofuscándome. Y yo, con mucho esfuerzo, lo hacía pasar como alucinación de la mente. Preferí creerlo así, pese a la esquizofrenia como lo llamarían los psicólogos; claro, porque ellos jamás entenderían el poder sobrenatural. Después de dos semanas, saqué un mapa del departamento de La Paz, sus veinte provincias desconocidas me obstaculizaban la decisión de a donde viajar. Entonces leí las provincias: Franz Tamayo, Los Andes, Aroma, Gualberto Villarroel. Deteniéndome en esta última se me vino a la mente: *Análisis crítico de la realidad* del Padre Iriarte. Libro que anuncia científicamente que la provincia Gualberto Villarroel desaparecería por cuestiones de la emigración. No lo pensé más y me quedé con esa provincia. Luego de unas horas, averiguando el lugar desde donde partían las movilidades para aquella provincia, pude saber que la parada era en la ciudad de El Alto, y que las movilidades sólo salían los días sábados a eso de las siete y media de la mañana. Pacientemente esperé hasta ese día, llegando a la Ceja bajé unas dos cuadras como me habían indicado por la Franco Valle. En plena esquina habían varias movilidades que se dirigían a diferentes poblaciones del departamento. Encontré por suerte la que se dirigía a la provincia Gualberto Villarroel, pues en su letrero decía: Chojña, Achaviri, Manquiri, San Pedro de Curahuara. "Claro, la provincia es grande y sólo se puede ir a algunas poblaciones", me dije ingenuamente. Como tenía que elegir a qué población iba a llegar, rápidamente improvisé una pregunta creíble a un joven más o menos de veintisiete años. Le dije que era egresado de la carrera de antropología y que quería hacer mi tesis sobre las costumbres y alteraciones de los nombres de cada población de la provincia Gualberto Villarroel. Un poco desconfiado —la pregunta no había sido tan creíble— me sugirió que podía dirigirme a la localidad de Chojña, ya que desde ese lugar, sin ningún tipo de inconvenientes, me sería fácil salir en bicicleta hacia la carretera La Paz - Oruro. Me dijo eso porque el problema radicaba en las movilidades que sólo ingresaban al pueblo un día a la semana y de que salían ese mismo día, "creo que estarías bien ahí", concluyó mientras se ponía una gorra doblada al

estilo de los *k'olitos*. Le agradecí su información y me marché para organizar el viaje. Pero en ese instante volví a salir otra vez del restaurante y esa energía misteriosa aún me seguía como sombra oscura bajo la noche, sabía que algo quería de mí o en todo caso lo estaba consiguiendo y no me daba cuenta. Quise olvidarme del pergamino y seguir el curso de mi vida conforme lo había planificado, pero estos hechos irracionales cambiaban mi decisión y reforzaban mis ganas de saber más sobre el Khari – Khari. Y todo me llevaba hacia esa dirección. “Tal vez ya soy un objeto predestinado en el que ni decisiones puedo tomar”, dije. Antes de encontrar el pergamino estaba conciente de que mi vida era mía. Pero luego pensé que quizás jamás fue mía, ya que presiento que estoy siendo objeto de un pensamiento ajeno y puede ser que, ahora mismo, él esté pensando, y no yo. Si fuera así, “Dios mío”, yo sería el Khari – Khari, sería ese ser estafalario que todos odian, que todos temen. “Prefiero morir antes de saber que soy eso.” Llegué a una esquina y la sombra oscura que me seguía vino sobre mí con una fuerza extraña que caí tendido en el suelo con el cabello hirsuto. Levanté la mirada amilanada y lo primero que vi fue a un hombre andrajoso sentado mirándome. Quise levantarme y sentí un fuerte mareo que sólo logré sujetarme del suelo como una bestia cuadrúpeda. Como no calmaba el mareo, haciendo esfuerzos caminé a gatas hacia una pared que se levantaba sobre la acera. Con mucha dificultad me incorporé sujetándome de donde pude. De pie y apoyado en la pared me di cuenta de que no era un mareo, sino que las cosas se movían en su sitio como si tuviesen vida y estuviesen respirando agitadamente. Las personas me miraban como si fuese un demente. Nadie se me acercó, otros se pasaron sin dar importancia a mis actos. Así, el efecto de la sombra siniestra desapareció. Al recobrar el sentido me sobrevino una ira por la angustia de mi vida y comencé a gritar blasfemias contra las personas que aún me miraban. Una vez que se dispersaron, lloré como un niño por el agravio. Avancé una cuadra, di la vuelta, y el hombre que me miraba sentado no estaba por ninguna parte.

QIMSA

No sé qué fue lo peor que viví que me haya confundido tanto... Un día desperté en el cuerpo de don Andrés, dueño de la casa donde vivo en anticrético. Actuaba y pensaba como él, era él sin duda; pero yo no lo sabía. Sólo recuerdo que la noche me alcanzó cruzando el río al que le llamábamos la *q'ahua*, un lugar quebrado y hundido por el desgaste que ocasionara la abundante agua en tiempos de lluvia. Crucé sin temor. Habían *t'olas* grandes y medianas que parecían personas en la noche por la ancha carretera. Las estrellas alumbraban mi camino, no había luna, el cielo estaba despejado y se podía ver algunas constelaciones como el majestuoso escorpión que en el horizonte del firmamento se perdía su larga e interrogante cola; el arado no se quedaba atrás como la estrella del sur. Me detuve y las estrellas también se detuvieron en compás de espera. Luego, miré el gran trecho que me faltaba para llegar al pueblo de *Eucaliptus*, donde a partir de las seis de la tarde, ya no ingresaban las movilidades desde *Panduro*. Por eso ingresaba a pie. Caminé dos horas y media, "a lo mucho, media hora más", afirmé. Avancé más o menos como unos treinta metros, de repente, vi a un hombre con una capucha negra y creo también con un libro negro, no lo pude ver bien, supuse que era el Khari – Khari. Sin molestarlo, lo crucé apresuradamente. Más adelante, dentro de una *lacaya* (pared derruida) había alguien que se quejaba lastimosamente. Acercándome con sumo cuidado y estrechando mi cabeza junto a la pared, la erguí sigilosamente hasta divisar a dos hombres, uno tendido en el suelo —el que se quejaba— y el otro sobre él, con una capa negra. Agarré algunas piedras y *cullpas* entre mis manos y corajudo me abalancé donde la víctima gritando: "¡Khari – Khariiiiiii!", mientras lanzaba con rabia y furor mis armas caseras contra ese hombre misterioso que escapó al escucharme. No sé si le llegaron algunas de mis armas contundentes, el hecho es que escapó y desapareció entre los ramajes. Fui donde la víctima, parecía estar agonizando, sus ojos blancos me hacían tener miedo, "vamos hermanito, ¿estás bien?", le dije de hinojos aunque todavía no reaccionaba. En ese mismo instante escuché que algo tiritaba a unos dos metros, acercándome pude ver que era un aparato similar a una brújula. Con sumo cuidado la levanté y la puse en mi pequeño talego de oveja. Volví donde el señor que comenzó a reaccionar. Le ayudé a incorporarse y me dijo que estaba bien. Salimos juntos de la *laqaya* y hablamos de aquel hecho que yo mismo no lo creía hasta ese instante. En el trayecto me dijo que estaba caminando apurado hacia el pueblo, que le llegó un sueño profundo y que perdió el conocimiento. No sé cuantas veces me repitió que estaba bien, que no le había pasado nada. Al llegar al pueblo yo me fui hacia el lado de la catedral, él, en cambio, se quedó por la tranca.

Me admiró su recuperación, realmente parecía estar bien. Cuando me despedí, por más que quise, no se dejó ver bien el rostro, lo inclinó tanto que ni con la ayuda de la luz logré verlo. Debí tener la edad de 50 a 55 años, a lo mucho. Nos despedimos sin darnos la mano, costumbre a la que me había acostumbrado en la ciudad. Sólo le vi levantar la mano derecha y decirme: *qaruru qama*, al responderle, reparé que en el trayecto únicamente habíamos hablado en nuestro idioma originario. Sin saber quién era exactamente, me alejé sin voltear la vista. A pocos pasos de distancia, ni su nombre pude recordar. Ya en casa, saqué aquel aparato que no dejaba de temblar, lo puse sobre la mesa y apreté el diminuto botón que tenía, y salió como puñal una pequeña aguja similar a una jeringa. Volví a apretarlo y se escondió. Al día siguiente quise hacer las averiguaciones pertinentes; pero cuando desperté, aquel aparato había desaparecido.

Conté esta historia a los vecinos del pueblo y me lo creyeron sin dudarle ni un segundo, se

notaba en sus rostros que sabían más que yo, más que el tío Andrés, como me decían los pobladores de *Eucaliptus*. Después de tres días retorné a La Paz. "¿Cómo le ha ido en el viaje, don Andrés, tan rápido ha llegado también?", me dijo doña Reina que era madre y abuela recientemente. "Pues bien, bien doña Reina, ya le voy a contar, me siento cansado, debe ser el viaje, creo que vine en un asiento incómodo, me duele un poco la espalda." Doña Reina me recomendó que descansara. Ciegamente la obedecí porque ya no aguantaba más el dolor. Caí en la cama, mas nunca volví a levantarme. La fiebre me sobrevino como aquel dolor fuerte en el abdomen izquierdo. Vinieron los vómitos y la fuerza se me iba. Mis inquilinos —por la mañana— se asustaron, quisieron hacer algo, pero ya era demasiado tarde, pues yo, ya estaba muriendo. "Khari – Khari", balbuceé a los oídos de doña Reina y mientras me revisaban sorprendidos, recordé el episodio de aquel hombre extraño que fue víctima del Khari – Khari, y sin saberlo, habría sido yo mismo, jamás hubo otro hombre.

Cuando todo esto pasó, increíblemente desperté sentado en un bus viajando a la provincia Gualberto Villarroel, y como una sensación misteriosa, recordé que don Andrés aún estaba vivo.

PUSI

Llegué a Chojña y alquilé un cuarto donde cabía justo una catre, una mesa y una cocina, lo esencial para vivir modestamente. Don Pánfilo Zegarra —dueño de la casa—, que venía de vez en cuando a sacarme de mi cuarto, a veces me decía que por mis características físicas e intelectuales sería uno de los mejores licenciados de nuestro país. Además, concluía siempre diciéndome que él estaba para servirme, que si necesitaba algo, le dijera sin miedo. Llegó a estimarme tanto como a sus hijos que en algún momento me contaría que estaría uno en La Paz y otro en Santa Cruz. “Tal vez —decía— con destinos similares al tuyo”. Cada vez que hablaba de ellos se ponía muy triste que hacía escapar un suspiro de siglos en sufrimiento, luego como aquella costumbre ancestral heredada por generaciones, terminaba siempre pronunciando su célebre expresión a casa de pueblo: “¡Ay Ilaqui!”

Decía que venía a sacarme de vez en cuando de mi cuarto para llevarme justo a su cocina: un lugar pequeño y cerrado que tenía un fogón que se mantenía encendido por algunas *t’olas* secas y brazas rojas. El humo salía como si supiera en dirección hacia la chimenea hecha artísticamente por latas de manteca. Cuando ingresé, doña Martha Gutiérrez estaba sentada en el suelo sobre un cuero de oveja, y en actitud de reverencia para saludarla, estreché su mano con las mías. Acomodándome en el banquito que me ofreció don Pánfilo Zegarra, saboreé exquisitamente el caldito de arroz con carne de oveja y, como segundo, las papitas con “*wila parqa*”. Tantos platos de comida que me invitó, que jamás lo olvidaré pues tenían ese sabor especial a fogón y a campo del altiplano.

—Lo que les digo es cierto, sé que no está al alcance de la razón y al conocimiento humano; pero cada detalle, cada hecho sin exagerar, fueron sucediéndome así como les he contado.

—Te creo —dijo Lucio, mirando a Crispín quién asintió sin dudar—, pero habría que buscar la manera para que todo el mundo sepa la verdadera existencia del Khari – Khari. Sé que la verdad será muy fuerte para el público, bastará con leer el pergamino o enseñarles la misteriosa mutación que posee. La mejor evidencia para que todos crean y no sólo nosotros que, ya te digo, personalmente, te creo.

—Yo también Macario —dijo Crispín. Sin duda, es un gran descubrimiento que jamás olvidaremos. A través de esta verdad estoy seguro que algunas cosas cambiarán, nada es casual. Continuamos sirviéndonos en ese bar cultural, sin saber que esa noche iba ser la última de las noches de bohemia y tertulia literaria que nos reuniría a los tres.

Desde que llegué a Chojña fui perdiendo la memoria, hay algunas cosas que me acuerdo y hay otras que no; por eso ahora no puedo decir cuánto tiempo he estado en ese pueblo, pudo haber sido días, meses o años. No me acuerdo si me despedí de don Pánfilo Zegarra o me vine sin decirle nada. Hay algunas cosas vagas que me acuerdo, como la pequeña feria que se apostaba sobre el Río Desaguadero, o como cuando llegaron los hijos de don Pánfilo y de doña Martha. Los recibieron con tanta alegría, que lloraron de felicidad al ver a sus hijos y nietos. Yo sólo contemplé ese momento que se me quedó grabado en la mente, no me acuerdo más. Sé que para llegar a La Paz, salí de Chojña hasta Lahuachaca (ubicada en la carretera a Oruro) en bicicleta, no sé cuantas veces salí. Me acuerdo que el viaje lo hacía en dos horas y media bien corridos en esa bicicleta normal que me había comprado con cien bolivianos en el río.

Un día, y es que no me acuerdo exactamente qué día, sucedió algo inexplicable: cuando

crucé el Río Desaguadero para ir rumbo a Lahuachaca, montado en bicicleta y a media hora de viaje, sentí que mis pies se cansaban, tuve sed, mucha sed. Mi cuerpo ya no resistía el equilibrio y quería caer. Después de diez minutos, las fuerzas de mis piernas me abandonaron; quería desmontar y descansar, sentarme y sentir mis pies. “Debe ser el Khari – Khari”, dije espontáneamente. Don Pánfilo Zegarra decía —recordé— que cuando el Khari – Khari se aparece, lentamente uno va perdiendo sus fuerzas y de por sí, le llega un sueño pesado y se duerme. Cuando despierta, éste no se acuerda de nada. La hipnotización tenía ese proceso. Era increíble, pero eso exactamente me estaba pasando. A unos doscientos metros —calculando— vi a un hombre justo sobre la riel (riel que se encuentra entre el río Desaguadero y la carretera hacia la ciudad de Oruro). Estaba quieto o quizás me estaba esperando. Sabiendo el riesgo que corría, disimulé tratando de pedalear con normalidad. Estaba a cinco metros. Al desmontar mis piernas casi no aguantaron mi peso. Debí ser las ocho y media de la mañana o algo más. El hombre no estaba solo, a unos treinta metros de distancia hacia el sudeste, vi a otro hombre casi oculto entre los altos pajonales. “¿Serán Khari – Kharis? ¿Ladrones? ¿Personas normales?”, me pregunté. Después de cruzarlos, seguí a pie unos cuantos metros más, quería montar; pero tenía miedo a que mis piernas no respondieran, que me hicieran descubrir mi extenuación física. No sé de donde saqué las fuerzas pero monté. Avancé tan lento que estaba seguro que lo habían notado. Después de un cierto trecho, bajé nuevamente de la bicicleta y caminé, para eso ellos estaban lejos y ya no tenía por qué temer.

Llegué a Lahuachaca y dejé mi bicicleta donde la muy conocida tía Techí, luego me embarqué en una flota para La Paz acomodándome en un asiento reclinable, descansé. Cuando desperté, alisté mis cosas para salir en bicicleta a Lahuachaca. Había estado soñando, ¿o no? Ya les dije que me pasan cosas extrañas desde que encontré el pergamino, a veces sueño y parecen cosas reales, y las cosas reales que vivo parecen sueños. Recuerdo cosas que jamás he vivido y olvido aquellas cosas que quiero recordar. El pergamino me ha estado molestando siempre, hay una parte de mí que quiere destruirlo y otra parte que quiere conservarlo. Una vez lo quemé, y mientras ardía se retorció como víbora lastimada. Cuando se acabó el fuego, toda la hoja estaba carbonizada. Sin tocarlo la miré detenidamente con el mechero en mano (esto en Chojña), cuando la pensé toda consumada, escuché como crepitación despegarse del pergamino pedacitos de hojas de carbón que iban cayendo al piso. Después de media hora volvió a ser el mismo pergamino, se regeneró. El pergamino ya era parte de mi vida, no desaparecía, por más que lo botaba siempre volvía a aparecer en mi camino, en mi mesa o en mi escritorio. Estaba en todas partes como aquella sombra maligna que me seguía y desaparecía en la nada del espacio. Me quedé con él o quizás él se quedó conmigo. La sombra y el pergamino son la misma cosa, eso me lo dijo él, esa voz que escucho a veces por las noches: “Yo soy el Khari – Khari hijo del hijo de Dios, ustedes son mi aliciente”.

El pueblo de Chojña ha llegado a ser un tormento para mí, tenía tanto miedo que dormía con el mechero encendido. Mis pesadillas eran tan fuertes que despertaba en las noches asustado. Alguna vez dormido no pude mover ni un solo músculo, inútilmente intenté abrir mis ojos, estaban herméticamente sellados, ni gritar pude, había algo que me lo impedía y no me dejaba verlo, mi sexto sentido —que creo— captaba una energía diabólica. Llegué a odiar la noche tanto como el día. Me acuerdo que quise escapar y llegué al río Desaguadero ese día que ignoro por completo, sólo sé que después de cruzar el río, monté mi bicicleta rumbo a Lahuachaca, avanzando un cierto trecho. La sombra oscura de la que les hablé, vino sobre mí de frente, inevitablemente, como la noche. No sé si me sumergí o me elevé en aquel abismo oscuro, más oscuro que la noche. Sólo sé que aquella voz que siempre me hablaba, me habló otra vez: “*Yo soy el Khari – Khari, hijo del hijo de Dios. La verdad sea dicha: Tengo el poder de la vida y la muerte, nunca podrán compararme a un ser humano, porque simplemente no lo soy. Estoy en todas partes como mi padre, Dios. Existo*”

porque ustedes existen, sus almas son mi alimento, el aliciente para quedarme hasta el fin de la extinción de la especie humana. La muerte no es casual, nosotros la creamos para sobrevivir. Jesús, mi padre, la hizo más sutil. Tú —se dirigió a mí— llevarás la verdad que será contada por otro a través de ti. Te dejaré consciente como está escrito en el presagio, tú me harás inmortal como tenía que ser a un principio."

Desperté en mi cuarto, y como ya les dije, no me acuerdo algunas cosas desde que encontré el pergamino. No sé si fue un sueño o algo real eso de haber ido al pueblo de Chojña. Un amigo me dijo que los Khari – Kharis no existen. Me explicó que los brujos y ladrones utilizan hueso humano molido para hacer dormir: “el polvo óseo lo lanzan a la nariz de las personas y éstas —continuó— de por sí van perdiendo el conocimiento”. Lo que me sucedió a mí no se parece a nada con aquello que me dijo, menos el pergamino. El Khari – Khari, sí existe.

PHISQA

—¿Sabes qué día es hoy? —me preguntó Lucio.

—No.

—¿Sabes cómo has llegado aquí? (Lucio se refirió al bar cultural en el que aún nos encontrábamos reunidos)

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que te apareció el Khari – Khari?

—Pudo haber sido ayer, o hace unos minutos, tal vez recién me aparezca.

—¿Y el pergamino?

—No lo sé, en mi apartamento, en el campo o por ahí, no lo sé. A veces desaparece y aparece sin saber cuándo.

Nos quedamos pasmados y mirándonos, con la música y la humedad de los tragos en nuestros poros, no sabíamos exactamente si en ese momento éramos objeto de las truculencias del Khari – Khari.

—¿Acaso está ahora?— me dijo Crispín.

—Sí —le respondí mirándole con cierto suspenso—, en cada instante, en cada momento, aún cuando no lo mencionamos está presente, vivimos con él.

Salimos del bar apresurados como si algo nos pasara, pero ya era demasiado tarde, estábamos dentro de aquel encanto del Khari – Khari. No bien pisamos la calle, comenzamos a desaparecer lentamente en el aire que respirábamos. Lo que pasó con ellos después, lo ignoro, y aunque no lo crean, aparecí hoy tendido en el piso de mi apartamento, con fiebre y vómitos.

“Tal vez jamás llegué a conocer a un tal Lucio y Crispín. He perdido tanto la memoria que ya no creo en mi existencia. Si por si exista, si tengo este apartamento, si de verdad tengo mis padres y aquel pergamino que me mira; si de verdad estoy vivo y no muerto, quiero dejar constancia de todo lo que he vivido o me ha sucedido con la historia del Khari – Khari. Si alguien encuentra por casualidad —aunque ya no creo— este texto, pido que se de a conocer a todo el mundo sobre la verdadera existencia del Khari – Khari. Tal vez el presagio se cumpla, nunca lo sabré. He perdido tanto la memoria que ni mi nombre me acuerdo. Si alguien encuentra este manuscrito, ahora que al fin todo se me nubla, hay un par de nombres que vagan por mi mente y no sé por qué razones, si de algo sirve escribirlos, pues diré que esos nombres son: *Darío* y *Manuel*, y con esto concluyo mi historia, a no ser que se esté iniciando.”

Yerba Mala CARTONERA

Ediciones Yerba Mala Cartonera

Para no desesperar en las trancaderas, para dejar pasar las propagandas de la TV, para aguantar las marchas, para caminar subidas sin darse cuenta, para bailar al ritmo de la cumbia del minibús o para cuando tengas simplemente ganas de leer. Un libro cartonero, casero, tu mejor cómplice.

Otros títulos:

Crispín Portugal, *Alma, la vengadora*
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*
Juan Pablo Piñeiro, *El bolero triunfal de Sara*
Jessica Freudenthal, *Poemas ocultos*
Beto Cáceres, *Línea 257*
Darío Manuel Luna, *Khari-khari*
Gabriel Llanos, *De muertos y muy vivos*
Santiago Roncagliolo, *El arte nazi*
Fernando Iwasaki, *Mi poncho es un kimono flamenco*
Nicolás Recoaro, *27.182.414*
Marco Montellano, *Narciso tiene tos*
Vicky Aillón, *Liberalia*
Banesa Morales, *Memorias de una samaritana*
Washington Cucurto, *Mi ticki cumbiantera*
Crispín Portugal, *!Cago pues!*
Nelson Vanm Jaliri, *Los poemas de mi hermanito*
Gabriel Llanos, *Sobre muertos y muy vivos*
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*